

El joven rey

Era la víspera del día señalado para su coronación, y el joven rey se había quedado solo en su magnífica habitación. Todos sus cortesanos habían pedido permiso para retirarse, se inclinaron hasta el suelo, según el protocolo, y partieron hacia el gran salón del palacio para recibir algunas últimas instrucciones del maestro de ceremonias.

La partida de ellos no afligió en absoluto al rey de dieciséis años. Con un suspiro de alivio, se arrojó sobre las blandas almohadas de su lecho bordado y permaneció tendido allí, con la mirada fija y la boca abierta de par en par, como una bestezuela del bosque recién capturada por los cazadores.

Y, en verdad, fueron precisamente cazadores quienes lo encontraron; dieron con él por casualidad cuando él, semidesnudo y con una flauta en la mano, seguía al rebaño de cabras de un pobre pastor, a quien siempre había considerado su padre. Era hijo de la única hija del viejo rey, fruto de su matrimonio secreto con un hombre de linaje muy inferior al suyo: un extranjero que, mediante la fuerza mágica de su laúd, había logrado que la princesa se enamorara de él; según otros, era un artista de Rímini, a quien la princesa honraba y que desapareció súbitamente, dejando inacabada la obra en la que trabajaba en la catedral. Al niño, de apenas ocho días de vida, lo arrancaron de los brazos de su madre mientras ella dormía y lo entregaron al cuidado de un campesino y su esposa, quienes no tenían hijos y vivían en una región apartada del bosque. La pena, declarada por el médico de la corte como una epidemia, o, según suponían algunos, un potente veneno italiano administrado en vino, mató a la pálida princesa que lo había dado a luz menos de una hora después de que despertara; en el mismo instante en que el fiel mensajero, que llevaba al niño a la grupa de su silla, desmontó de su cansado caballo y llamó a la ruda puerta del pastor, el cuerpo de la princesa fue depositado en el fondo de una fosa excavada en un cementerio abandonado, lejos de las puertas de la ciudad, en una tumba donde ya yacía, según decían, el cadáver del joven extranjero, inexpressablemente hermoso, con las manos atadas a la espalda con una cuerda y el pecho cubierto de numerosas heridas.

Así, al menos, se contaba en voz baja, al oído. Lo cierto era que el viejo rey, en su lecho de muerte, obligado por los remordimientos de su conciencia a recordar su culpa, o simplemente no deseando que el reino pasara a manos extrañas, ordenó buscar al muchacho y, en presencia del consejo, lo reconoció como su heredero.

Y parecía que, desde el mismo momento de ese reconocimiento, el muchacho mostró señales de esa extraña atracción hacia la belleza que habría de ejercer tan enorme influencia sobre toda su vida. Quienes lo acompañaban por las estancias que le fueron asignadas hablaban a menudo de las exclamaciones que brotaban de sus labios al ver las bellas vestiduras y las ricas joyas preparadas para él, y de la alegría, casi salvaje, con que se despojó de su basta camisa de cuero y de su pesada capa de piel de carnero. A veces, ciertamente, echaba de menos la hermosa y libre vida del bosque, y le irritaba el aburrido ceremonial de la corte, que ocupaba tantas horas cada día. Pero el maravilloso palacio —llamado Alegría, del cual era ahora dueño— le parecía un mundo nuevo de deleites creados para él, y tan pronto como podía escapar del consejo o de la sala de audiencias, bajaba corriendo la gran escalera con sus leones de bronce dorado y sus escalones de pórfiro reluciente, y vagaba de salón en salón, de corredor en corredor, como si tratara de hallar en la contemplación de las cosas bellas un remedio para sus penas, un consuelo para su convalecencia.

En estos viajes, como él llamaba sus paseos por el palacio —y, en efecto, eran para él verdaderos viajes por un país de maravillas—, a veces lo acompañaban esbeltos pajes de cabellos claros, con capas ondulantes y cintas que ondeaban alegremente. Pero más a menudo caminaba solo, sintiendo, por así decirlo, instintivamente, como por intuición, que los misterios del arte se comprenden mejor en soledad, y que la belleza, al igual que la sabiduría, se contempla más profundamente en el aislamiento.

Se contaban historias asombrosas acerca del muchacho. Decían que un grueso burgomaestre, que pretendía presentarle un solemne discurso en nombre de sus conciudadanos, lo encontró de rodillas, en actitud de oración, ante un gran cuadro enviado desde Venecia. Otra vez desapareció durante muchas horas, y tras largas búsquedas lo hallaron en una pequeña habitación de la torrecilla norte del palacio, contemplando, como en éxtasis, una preciosa piedra griega que representaba a Adonis. Lo vieron cubrir de ardientes besos la frente de mármol de una antigua estatua, desenterrada en el cauce de un río durante la construcción de un puente y que, según decía la inscripción, representaba al esclavo bitinio de Adriano. Pasaba noches enteras observando el juego de la luz lunar sobre la estatua de plata de Endimión.

Todas las cosas raras y preciosas lo fascinaban absolutamente, y, en su irresistible deseo de poseerlas, enviaba emisarios a tierras lejanas: ya fuera para comprar ámbar a los severos pescadores del Mar del Norte; ya a Egipto, para encontrar ese asombroso turquesa verde que solo se halla en las tumbas de los faraones y al que se atribuyen propiedades mágicas; ya a Persia, por seda y vasijas de barro; ya a la

India, por gasa, marfil, piedra lunar, brazaletes de jade, madera de sándalo, esmalte azul y finos chales de lana.

Lo que más lo ocupaba, sin embargo, era el vestido que debía llevar el día de su coronación: la púrpura tejida con oro, la corona sembrada de rubíes y el cetro adornado con hileras de perlas. En ello pensaba aquella noche, tendido en su magnífico lecho y mirando el grueso tronco de pino que se consumía lentamente en la chimenea abierta. Los diseños, creados por los artistas más famosos de la época, le habían sido presentados varios meses atrás, y él había ordenado trabajar día y noche para ejecutarlos: fue necesario recorrer todo el mundo para encontrar las joyas dignas de adornar el vestido. Se imaginaba de pie ante el altar mayor de la catedral, revestido con el lujoso atuendo real: una sonrisa nacía y moría en sus jóvenes labios e iluminaba sus ojos, oscuros como el bosque.

Tras soñar despierto unos minutos, se levantó del lecho y, apoyándose en el capitel tallado de la chimenea, miró a su alrededor. La penumbra ya había penetrado en la sala. Las paredes estaban cubiertas de ricos tapices que representaban el triunfo de la belleza. Un inmenso armario con incrustaciones de ágata y lapislázuli ocupaba un rincón, y frente a la ventana había un pequeño armario con puertas lacadas salpicadas de oro; sobre él reposaban varias copas delicadas de vidrio veneciano y una copa de ónice con vetas oscuras. pálidas amapolas estaban bordadas sobre la ligera cubierta de seda del lecho, como si hubieran sido arrojadas allí por una mano relajada por el sueño, y altas y delgadas columnitas de marfil sostenían el dosel, sobre cuya cúspide se alzaban densos penachos de plumas de avestruz, blancas como la espuma. Una antigua estatua de Narciso, de bronce verde, sostenía un espejo sobre su cabeza. Sobre la mesa, una baja copa de amatista. Por la ventana se divisaba la inmensa cúpula de la catedral, que se destacaba vagamente, como una enorme esfera, sobre las casas que se perdían en la sombra. Muy, muy lejos, en el huerto de frutales, cantaba un ruiseñor. Un leve aroma de jazmín penetraba por la ventana abierta. El joven echó hacia atrás sus rizos negros y, tomando el laúd, pulsó las cuerdas con los dedos. Sus párpados se cerraron, se volvieron pesados, y una debilidad extraordinaria se apoderó de él. Nunca hasta entonces había sentido de manera tan profunda, tan refinada, todos los encantos de la belleza.

Cuando el reloj de la torre dio las doce, llamó, y entraron los pajes. Con gran ceremonia lo desvistieron, le vertieron agua de rosas sobre las manos y esparcieron flores sobre la almohada. Casi inmediatamente, apenas hubieron salido de la habitación, se durmió.

Y tuvo un sueño.

Soñó que se encontraba en una buhardilla larga y baja, llena del ruido y el estrépito de numerosos trabajadores. Una débil luz matutina penetraba por las ventanas enrejadas, y a su favor se veían los rostros demacrados de los tejedores, inclinados sobre su labor. Niños pálidos y enfermizos estaban agachados.

Cuando las lanzaderas volaban sobre la urdimbre, los niños levantaban las pesadas vigas transversales, y cuando las lanzaderas se detenían, bajaban las vigas y recogían los hilos. Sus rostros estaban extenuados por los tormentos del hambre, y sus débiles manos temblaban. Varias mujeres de ojos sombríos estaban sentadas junto a una mesa cosiendo. Un olor horrible impregnaba toda la estancia. El aire era pesado y malsano; de las paredes emanaba humedad.

El joven rey se acercó a uno de los tejedores, se detuvo y se puso a mirarlo.

Y el tejedor alzó hacia él sus ojos, llenos de maldad.

—¿Qué me miras? ¿Eres un espía enviado por nuestro amo para espiarnos?

—¿Quién es tu amo? —preguntó el joven rey.

—Nuestro amo —respondió con amargura el tejedor— es exactamente un hombre como yo. Solo hay una diferencia entre nosotros: él viste ropas finas y yo voy hecho jirones; además, yo estoy debilitado porque me falta comida, mientras que él, por el contrario, enferma porque come demasiado.

—Todos son libres en este país —dijo el joven rey—, y nadie puede hacerte su esclavo.

—En la guerra —replicó el tejedor—, el fuerte somete al débil; pero en un país en paz, el rico oprime al pobre. Nos vemos obligados a trabajar para vivir, y nos dan una paga tan insignificante que morimos. Trabajamos para los amos todo el día, mientras ellos acumulan oro en sus arcas. Nuestros hijos se marchitan y mueren antes de tiempo, y los rostros de aquellos a quienes amamos se vuelven ásperos y feos. Cultivamos la vid, y otro bebe el vino. Sembramos el trigo, y nuestra mesa está vacía. Llevamos cadenas, aunque ningún ojo las vea; somos esclavos, aunque nos llamen hombres libres.

—¿Y todos así?

—¡Sí, todos así! —respondió el tejedor—: jóvenes y viejos, mujeres y hombres, niños pequeños y ancianos. Los mercaderes nos oprimen, y estamos obligados a obedecerles. A nadie le importa nuestro destino. Por nuestros callejones, privados de sol, vaga la Pobreza con ojos hambrientos, y el Vicio, con rostro embrutecido, la

sigue. La Desgracia nos despierta por la mañana, y la Vergüenza se sienta junto a nosotros por la noche. Pero ¿qué te importa todo esto a ti? No eres de los nuestros; pareces muy feliz.

Y, irritado, volvió la espalda y lanzó la lanzadera a través de la urdimbre; el joven rey notó que tejían con hilos de oro.

Un terror intenso lo invadió, y preguntó al tejedor:

—¿Qué estáis trabajando?

—¡La púrpura para la coronación del joven rey! —respondió el tejedor—. ¿Pero por qué te interesa esto a ti?

El joven rey gritó y... despertó en su habitación; por la ventana se veía la pálida luna navegando por el cielo oscuro.

El rey volvió a dormirse y tuvo un nuevo sueño.

Le parecía estar tendido sobre la cubierta de una gran galera, donde cientos de esclavos remaban. Sobre una alfombra, junto a él, yacía el dueño de la nave. Era negro como el ébano, y su cabeza estaba envuelta en un turbante de seda rojo brillante. Grandes anillos de plata atravesaban sus orejas carnosas, y en las manos sostenía una balanza.

Los esclavos no llevaban otra vestimenta que unos harapos que les servían de delantal, y cada uno estaba encadenado a su vecino. El sol abrasador los quemaba; negros caminaban entre ellos y los azotaban con látigos de cuero. Extendían sus brazos flacos y se inclinaban sobre los pesados remos, que se clavaban en las olas. Las salpicaduras se elevaban sobre los remos.

Finalmente llegaron a una pequeña bahía y comenzaron a medir la profundidad del agua. Una brisa ligera llegó desde la costa y cubrió tanto la cubierta como la amplia vela con un fino polvo rojizo. Tres árabes corrieron hacia la orilla y lanzaron sus lanzas hacia la nave. El dueño de la galera tomó un arco pintado y con una flecha atravesó la garganta de uno de los árabes. Este cayó pesadamente en las olas de la costa, mientras sus compañeros huían al galope. Una mujer cubierta con un velo amarillo los siguió lentamente montada en un camello, volviéndose de vez en cuando hacia el cadáver.

Tan pronto como echaron el ancla y arriaron las velas, los negros bajaron a la bodega y sacaron una larga escalera de cuerda con un peso de plomo atado. El dueño de la galera la lanzó por la borda, sujetando los extremos a dos postes de hierro. Entonces los negros tomaron al esclavo más joven, le quitaron las cadenas,

le taparon cuidadosamente las fosas nasales y los oídos con cera, y le ataron una piedra pesada a la cintura. Él descendió con dificultad por la escalera de cuerda y desapareció en el mar. El agua se agitó ligeramente en el lugar donde se había sumergido. Algunos esclavos miraban con curiosidad por la borda. En la proa de la galera, un negro golpeaba monótonamente un tambor para ahuyentar a los tiburones.

Poco después, el joven esclavo emergió del agua y, completamente jadeante, trepó por la escalera sosteniendo en su mano derecha una perla. Los negros arrebató la perla y volvieron a enviar al esclavo al agua. Los demás esclavos dormitaban pesadamente sobre los remos. Una y otra vez subía el buceador, trayendo cada vez una hermosa perla. El dueño de la galera las pesaba y las guardaba en una bolsita de cuero verde.

El joven rey quiso hablar, pero su lengua parecía pegada al paladar y sus labios se negaban a moverse. Los negros charlaban y discutían entre sí acerca de cierto collar de perlas brillantes. Dos pájaros volaban en círculos sobre la galera.

Finalmente, el buceador subió por última vez, y la perla que trajo era más hermosa que todas las demás, pues era redonda como la luna llena y brillaba más que la estrella matutina. Pero el rostro del buceador estaba terriblemente pálido, y cuando cayó sobre la cubierta, la sangre brotó de sus fosas nasales y de sus oídos. Estremeciéndose una vez, otra, y exhaló su último aliento. Los negros lo levantaron por los hombros y arrojaron el cuerpo por la borda.

El dueño de la galera rió y se acercó para tomar la perla. Tras examinarla, la apoyó contra su frente e inclinó la cabeza. «¡Esta servirá para el cetro del joven rey!»

El joven rey gritó y... despertó. Por la ventana se veía cómo los dedos grises y rapaces del alba arrancaban del cielo las marchitas estrellas.

Y volvió a dormirse y tuvo nuevamente un sueño.

Se vio en la penumbra de un bosque con frutos extraños y flores venenosas de color escarlata. Las serpientes silbaban contra él, y los loros, con crestas relucientes, volaban gritando de rama en rama. Una enorme tortuga dormía en la arena ardiente. Bandadas de monos y pavos reales se refugiaban en los árboles.

Caminó, siguió caminando y pronto llegó al borde del bosque. Allí vio a una multitud de gente trabajando en el lecho seco de un río. Se encaramaban a las rocas como hormigas, excavaban profundos pozos en la tierra y descendían a ellos. Unos quebrantaban las rocas con pesados martillos, otros removían la arena. Arrancaban las raíces de los cactus y pisoteaban flores de un rojo sangriento. Era un trabajo ininterrumpido, y nadie permanecía ocioso ni un instante.

La Muerte y la Codicia observaban desde una caverna oscura, y la Muerte dijo:

—Estoy cansada. Dame a un tercio de estos hombres para poder marcharme de aquí.

Pero la Codicia negó con la cabeza.

—¡Son mis siervos! —respondió.

Y la Muerte dijo entonces:

—¿Qué tienes en la mano?

—Tres granos de trigo. ¿Por qué te interesa?

—Dame uno —pidió la Muerte—, para poder sembrarlo en mi jardín, ¡solo uno! Y luego me iré de aquí.

—¡No quiero darte nada! —respondió la Codicia y escondió la mano entre los pliegues de su vestido.

Entonces la Muerte echó a reír, tomó una copa y la sumergió en las aguas del pantano, y de la copa salió la Fiebre. Pasó entre la multitud, y la tercera parte de los hombres cayó. Una niebla fría la seguía, y serpientes acuáticas se arrastraban tras sus pasos.

Y cuando la Codicia vio que había muerto la tercera parte de los hombres, comenzó a golpearse el pecho y a llorar; se golpeaba su pecho estéril y gritaba:

—¡Has destruido a un tercio de mis siervos! ¡Vete de aquí! La guerra ocurre en las montañas de Tartaria, y los comandantes de dos ejércitos te llaman. Los afganos han sacrificado un toro negro y se preparan para la batalla. Hacen resonar sus lanzas contra los escudos y han puesto cascos de hierro. ¿Qué te hace quedarte en mis dominios? ¡Vete allí, te lo ordeno, y no vuelvas jamás!

—No —replicó la Muerte—: hasta que no me des un grano de centeno, no me iré.

Pero la Codicia cerró fuertemente la mano y respondió, apretando los dientes:

—¡No recibirás nada!

Y la Muerte volvió a reír, tomó una piedra negra y la arrojó al bosque. De entre los brotes de plantas venenosas surgió la Calentura, vestida de llamas. Pasó entre la gente, y todos aquellos a quienes tocó murieron. La hierba, a medida que avanzaba, se marchitaba bajo sus pies.

Y la Codicia tembló y esparció ceniza sobre su cabeza.

—¡Eres cruel, eres cruel! El hambre reina en las aldeas de la India, y los estanques de Samarcanda se han secado. El hambre reina en las aldeas de Egipto, y la langosta ha llegado desde el desierto. El Nilo no se ha desbordado, y los sacerdotes maldicen a Isis y a Osiris. ¡Ve hacia quienes te necesitan y deja en paz a mis siervos!

—No —respondió la Muerte—: hasta que no me des un grano de centeno, no me iré de aquí.

—¡No te daré nada! —dijo la Codicia.

Y de nuevo la Muerte echó a reír. Silbó con los dedos, y una mujer que volaba por el aire descendió. En su frente estaba escrito: «Soy la Peste». Bandadas de buitres famélicos revoloteaban a su alrededor. Cubrió el valle con sus alas, y no quedó ni un solo ser vivo.

Y la Codicia, lanzando gritos estridentes, huyó hacia el bosque, mientras la Muerte montaba en su caballo rojo y partió al galope.

más rápido que el viento.

Y del limo, al final del valle, surgieron dragones y terribles criaturas escamosas; los chacales merodeaban por la arena, alzando sus hocicos, olfateando el viento.

Y el joven rey lloró y dijo:

—¿Quiénes eran esos hombres y qué buscaban?

—¡Buscaban rubíes para la corona del rey! —respondió alguien detrás de él.

Y el joven rey tembló, se volvió y vio a un hombre vestido como peregrino, con un espejo en la mano.

Y palideció y preguntó:

—¿De qué rey?

Y el peregrino respondió:

—Mira en este espejo, y lo verás.

Él miró en el espejo y, al ver su propio rostro, lanzó un fuerte grito. Cuando despertó, una luz cegadora del sol inundaba la habitación, y en el jardín cantaban los pajarillos.

En ese momento entraron junto al rey el castellano y los altos dignatarios de la corte, y los pajes le traían una púrpura tejida con oro. Y él dijo a los nobles:

—Llevaos todas estas cosas, porque no las vestiré.

Los cortesanos quedaron atónitos; algunos comenzaron a reír, pensando que era una broma.

Pero él se volvió hacia ellos de nuevo con severidad y dijo:

—¡Llevaos todo esto, apartadlo de mi vista! Aunque sea el día de mi coronación, no las vestiré. Porque esta púrpura fue tejida en el telar de la Aflicción y por las manos pálidas del Sufrimiento. Sangre hay en el corazón de los rubíes y muerte en el corazón de la perla.

Y les contó sus tres sueños.

Y, tras escucharlo, los cortesanos comenzaron a mirarse entre sí y a hablar quedamente unos con otros: «Debe de haber enloquecido, porque un sueño es solo un sueño, una visión no es más que una visión. Esto no es realidad que merezca atención. ¿Qué nos importa la vida de quienes trabajan para nosotros? ¿Acaso no bebemos vino sin haber hablado con el viñador, ni comemos pan sin haber visto al sembrador?»

Y el castellano, dirigiéndose al rey, le dijo:

—Suplico a Vuestra Majestad que ahuyente estos pensamientos sombríos, que vista esta hermosa púrpura y ciña sobre su cabeza esta corona. ¿Cómo sabrá el pueblo que sois rey si no lleváis sobre vos las insignias de vuestro rango?

El joven rey lo miró.

—¿Acaso —preguntó— no me reconocerán como rey si no llevo sobre mí estas insignias?

—¡El pueblo no os reconocerá, Vuestra Majestad! —respondió el castellano.

—Yo pensaba que la dignidad real se expresa en el propio hombre —respondió el rey—, pero muy bien puede ser que tengáis razón; aun así, no quiero llevar estas vestiduras, no ceñiré sobre mi cabeza esta corona. Quiero salir del palacio tal como entré en él.

Y despidió a los cortesanos, reteniendo para su servicio solo a un joven paje, un año menor que él y que había sido su compañero. Lavándose con agua fresca, abrió un gran cofre pintado y sacó de él una camisa de cuero y una tosca capa de piel de oveja, que había llevado cuando pastoreaba un rebaño de cabras en la colina. Se las puso y tomó en su mano un grueso bastón de pastor.

Y el pequeño paje abrió con asombro sus grandes ojos azules y le dijo con una sonrisa:

—Vuestra Majestad, ahora tenéis púrpura y cetro. ¿Dónde está la corona?

Y el joven rey arrancó una rama de rosal silvestre que trepaba por el balcón, la dobló e hizo una pequeña guirnalda, que se colocó sobre la cabeza.

—¡Esta será mi corona! —dijo.

Con este atavío pasó de la habitación al gran salón, donde los cortesanos lo esperaban.

Y los cortesanos se acercaron a él, y algunos de ellos dijeron:

—Vuestra Majestad, el pueblo espera ver a un rey, y verá a un mendigo.

Otros se indignaron y decían:

—¡Avergonzará la corte! ¡No es digno de ser nuestro soberano!

Pero él, sin responderles palabra alguna, continuó su camino, bajó por la reluciente escalinata de pórfido, atravesó las puertas de bronce y, montando en su caballo, partió hacia la catedral; el pequeño paje corría a su lado.

Y el pueblo reía, gritando:

—¡Es el bufón real, mirad ahí sobre el caballo! —y lo cubría de burlas.

Y él detuvo su caballo y dijo:

—¡No! ¡Yo mismo soy el rey!

Y contó sus tres sueños.

Un hombre salió de la multitud y, dirigiéndose a él con amargura, dijo:

—¿Acaso Vuestra Majestad no sabe que el lujo del rico es la vida del pobre? El esplendor real nos impide morir. Vuestros vicios nos dan el pan. Es duro trabajar para un señor severo, pero aún más duro no tener ningún señor para quien trabajar. ¿Acaso piensa Vuestra Majestad que las coronas nos traerán alimento? Por lo demás, ¿vale la pena que os preocupéis por esto? ¿Diríais al comprador: «Compra a tal precio»? ¿Y al vendedor: «Vende a tal precio»? ¡Creo que no! ¡Volved al palacio, vestid vuestra púrpura y vuestro suntuoso atuendo! ¿Qué haréis con nosotros y con nuestros sufrimientos?

—¿Acaso ricos y pobres no son hermanos? —preguntó el joven rey.

—Oh, sí, hermanos —respondió el hombre—, y el nombre del rico es Caín.

Los ojos del joven rey se llenaron de lágrimas, y continuó su camino entre el murmullo de la multitud; el joven paje, vencido por el miedo, lo abandonó.

Y cuando llegó a las puertas principales de la catedral, los soldados cruzaron sus alabardas y dijeron:

—¿Qué necesitas aquí? ¡Nadie, salvo el rey, entrará por estas puertas!

Y su rostro se encendió de ira, y les dijo:

—¡Yo soy el rey! —empujó las alabardas y pasó.

Y cuando el viejo obispo lo vio con su vestimenta de pastor, se levantó, sobrecogido, de su asiento y, dando unos pasos hacia él, dijo:

—Hijo mío, ¿es este el aspecto de un rey? ¿Con qué corona te coronaré? ¿Qué cetro pondré en tu mano? ¡Hoy es día de tu alegría, no de humillación!

—¿Acaso traerá la Alegría lo que revela la Aflicción? —dijo el joven rey.

Y contó al obispo sus tres sueños.

Y cuando el obispo terminó de escucharlo, frunció el ceño y dijo:

—Hijo mío, soy un anciano, ya en el ocaso de mis días, y sé que mucho mal se comete en este mundo. Feroces bandoleros descienden de las montañas y raptan niños pequeños para venderlos a los moros. Los leones se agazapan en las arenas del desierto para acechar las caravanas y lanzarse de un salto sobre el camello. Los jabalíes asolan los campos en los valles, y las zorras devoran las uvas en las colinas. Los piratas marítimos siembran el terror a lo largo de toda la costa, queman las barcas de los pescadores y arrebatan sus redes. En los salitrales habitan los leprosos. Sus moradas están tejidas de cañas, y nadie puede acercarse a ellas. Los mendigos vagan por las ciudades y se alimentan junto con los perros. ¿Puedes hacer que nada de esto exista? ¿Acostarás al leproso junto a ti, en tu propio lecho? ¿Sentarás al mendigo a tu mesa? ¿Se humillará el león ante ti, y será el jabalí obediente a tu mandato? ¿No es más sabio que tú el Altísimo, que creó la desgracia? He aquí por qué te pido que regreses a tu palacio, adoptes un semblante alegre y te vistas con el atuendo propio de un rey. Entonces te coronaré con una corona de oro y pondré en tu mano un cetro adornado con perlas. ¡En cuanto a tus sueños, olvídalos! La carga de este mundo es demasiado grande para un solo hombre; los sufrimientos de la humanidad son demasiado pesados para un solo corazón.

—¡Y tú dices esto en el templo! —exclamó el joven rey y avanzó, pasando junto al obispo, subió los escalones del altar y se detuvo ante la imagen de Cristo, sosteniendo en sus manos los vasos con vino y mirra. Se arrodilló ante la imagen de Cristo. La llama de los altos candelabros brillaba sobre las engastaduras de piedras preciosas de las reliquias, y el humo del incienso ascendía en finas volutas azules hacia las bóvedas. Inclino la cabeza, como para orar, y los sacerdotes, con sus pesadas vestiduras, fueron abandonando el altar uno tras otro.

Y de pronto se oyó una gran agitación fuera de los muros del templo, en la calle, y entraron los nobles, con espadas desenvainadas, con penachos ondeantes, con escudos de acero pulimentado.

—¿Dónde está ese intérprete de sueños? —gritaron—, ¿dónde está ese rey vestido de mendigo? ¿Dónde está ese joven bufón que avergüenza la corte? ¡Queremos acabar con él, porque no es digno de reinar sobre nosotros!

Y el joven rey inclino de nuevo la cabeza y continuó orando, y cuando terminó la oración, se levantó, se volvió y los miró con mirada triste.

Y he aquí que a través de los vidrios multicolores de las ventanas, los rayos del sol lo iluminaron y tejieron para él una púrpura más hermosa que la que había sido preparada para la coronación. Y sobre su bastón florecieron lirios, más blancos que las perlas; sobre su cabeza, la rama seca revivió con rosas más rojas que los rubíes. Más blancas que las perlas más preciosas eran los lirios, y sus tallos eran de plata brillante. Más rojas que los rubíes más hermosos eran las rosas, y sus hojas de oro forjado.

Él permanecía allí con el atuendo de rey, y las puertas de los arcones de las reliquias se abrieron, y el cristal

las copas con los Santos Dones brillaron con una luz maravillosa y misteriosa. Él estaba allí, revestido con las vestiduras reales, y la gloria del Señor llenó el templo, y los santos en sus nichos parecían cobrar vida. De pie, con suntuosas vestiduras reales, resonaban los fuertes sonidos del órgano, sonaban las trompetas y los niños del coro cantaban.

Y el pueblo cayó de rodillas, poseído por el temor: los nobles enfundaron sus espadas y rindieron homenaje al rey; el obispo palideció y sus manos temblaban.

—¡Uno más poderoso que yo te ha dado la corona! —exclamó y cayó de rodillas ante él.

Y el joven rey descendió los escalones del altar y atravesó la multitud hacia el palacio. Pero nadie de aquella muchedumbre se atrevió a mirar su rostro, porque era el rostro de un ángel.